



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Literatura y sociedad : dos ámbitos de aplicación del ensayismo romántico-social latinoamericano en los textos juveniles de Sarmiento y Alberdi

Autor: Fernández Nadal, Estela

Forma sugerida de citar: Fernández, E. (2001). Literatura y sociedad: dos ámbitos de aplicación del ensayismo romántico-social latinoamericano en los textos juveniles de Sarmiento y Alberdi. *Cuadernos Americanos*, 3(87), 66-90.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XV, Núm. 87, (mayo-junio de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Literatura y sociedad: dos ámbitos de aplicación del ensayismo romántico-social latinoamericano en los textos juveniles de Sarmiento y Alberdi

Por Estela FERNANDEZ NADAL
CONICET, Mendoza, Argentina

EL PRESENTE TRABAJO aborda algunos textos de juventud de Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, ambos exponentes destacados de la llamada Generación del 37 en el ámbito rioplatense y de la generación romántico-social en el espacio continental. El corpus documental que analizaremos está conformado por el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837) y las "Ideas para un curso de filosofía contemporánea" (1840) de Alberdi, y los escritos periodísticos que Sarmiento publicó en la prensa chilena entre mediados de 1841 y principios de 1845, en los que polemizó con diversos exponentes de la intelectualidad de aquel país, y que han sido recogidos en la obra *Polémica literaria*.¹

Estos textos corresponden a una etapa temprana en la evolución intelectual de ambos autores, que culmina, en cada caso, con la redacción de las célebres obras *Facundo* (1845) de Sarmiento y *Bases y puntos de partida para la constitución de la Confederación Ar-*

¹ Juan Bautista Alberdi, *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, en *Obras selectas*, 18 vols., Buenos Aires, La Facultad, VIII, 1920; e "Ideas para un curso de filosofía contemporánea", en *Ideas en torno de Latinoamérica*, 2 vols., México, UNAM, 1986, I, pp. 145-152. Domingo Faustino Sarmiento, *Polémica literaria*, Buenos Aires, Cartago, 1955. En adelante, citaremos estas obras como *Fragmento*, "Ideas" y *Polémica*, respectivamente. Sarmiento entabló tres polémicas por esos años, todas en torno a la evaluación del romanticismo como movimiento estético y literario, y al papel de la prensa y la literatura en la sociedad. En la primera se batió contra Andrés Bello y su discípulo, José María Núñez; en la segunda, con Salvador Sanjuanes, José Joaquín Vallejo (Jotabeche) y Antonio García Reyes; en la tercera, con José Joaquín Vallejo. Sobre este tema, cf. Norberto Pinilla, *La polémica del romanticismo en 1842*, Buenos Aires, Amicalce, 1943, Norberto Pinilla y otros, *1842*, Ediciones de la Universidad de Chile, 1942, y Lónica E. Scarano, "La polémica entre Sarmiento y Alberdi: un debate cultural", en *Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento*, Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda", Córdoba, Editorial de la Municipalidad de Córdoba, 1988, pp. 45-61.

gentina (1852) de Alberdi. El *Facundo* y las *Bases* marcan respectivamente una inflexión en el pensamiento de los dos argentinos y el inicio de otra etapa, en que se abandonan muchas de las posiciones y definiciones características de los escritos de juventud: el programa "socialista" y "americanista" es reemplazado por un proyecto civilizatorio de signo diverso, europeizante y despectivo respecto de las potencialidades de las masas populares americanas, y la preocupación por el "discurso propio" es olvidada casi completamente.² La ruptura entre las obras de madurez y las de juventud, que se verifica en ambos escritores, no le resta importancia, sin embargo, a sus primeros escritos, que resultan especialmente relevantes en lo que respecta a la contribución de Alberdi y Sarmiento al proyecto romántico-social continental, en especial, en lo concerniente al programa de elaboración de una "filosofía americana" y a la relación temprana que el esbozo de esa filosofía nacional y localizada estableció, en estos textos fundacionales, con el problema del lenguaje, como forma de mediación de la peculiar realidad social postindependiente. Tal es así que Arturo Roig sostiene que "aquellos textos aurales, a los que hemos bautizado como el acta de fundación de la Filosofía latinoamericana, contienen como momento significativo una teoría del *ensayo* desarrollada por Alberdi, y una teoría del diarismo explicada por Sarmiento".³

*El programa de la "independencia inteligente"
en Alberdi y Sarmiento*

El contexto de producción de estos escritores juveniles corresponde a la etapa inmediatamente posterior a las guerras de independencia, cuando se abre para el continente una época signada por la aparición espontánea e inorgánica en la escena pública de los sectores sociales subalternos, previamente interpelados y movilizados por el discurso y la gesta de la emancipación. Esta gente —trabajadores rurales y plebe urbana— responden ahora a caudillos locales y demandan, con su presencia social y su rebeldía, el cumplimiento de las promesas de

² Al respecto, véanse los escritos de Arturo A. Roig, donde propone una interesante periodización de la obra de ambos autores: "Tres momentos en las categorías de 'civilización' y 'barbarie' en Juan Bautista Alberdi", en *Proceso civilizatorio y ejercicio utópico en "Nuestra América"*, San Juan, Editorial Fundación Universidad de San Juan, 1995, pp. 49-102, y "El discurso civilizatorio en Sarmiento y Alberdi", *Revista Interamericana de Bibliografía* (Washington, D.E.A.), vol. XL1, num. 1 (1991), pp. 35-44. Arturo Roig, "La filosofía latinoamericana en sus orígenes: lenguaje y dialéctica en los escritos chilenos de Alberdi y Sarmiento", mimeo, Mendoza, 1999, p. 10.

³ Roig, "La filosofía latinoamericana en sus orígenes", p. 10.

tierra y participación política. La conducta popular anárquica pone en crisis el programa ilustrado de los libertadores y sus expectativas relativas a la docilidad de los pueblos americanos, y desafía seriamente la posibilidad de organizar los nuevos Estados de modo rápido y efectivo.

Esta problemática novedosa, unida a la exigencia de iniciar un proceso de organización nacional que sentara las condiciones para el desarrollo económico y la estabilidad política de los nuevos Estados nacionales, operó un giro en la comprensión política de la nueva generación de intelectuales: una generación que se diferenció claramente de la anterior vanguardia ilustrada de la etapa independentista y adhirió, desde el punto de vista ideológico, a los postulados del romanticismo social latinoamericano. Durante el periodo que llamamos "interregno" —que transcurre entre 1824, año de la batalla de Ayacucho, con la que las tropas realistas son expulsadas del continente, y aproximadamente los ochenta, cuando se consolida la hegemonía de la nueva clase gobernante en todo el continente y las masas son nuevamente sometidas al mandato del orden y el progreso—, ya superado el enfrentamiento básico entre "americanos" e "invasores españoles", la atención se desplazó hacia la propia realidad social interna y, particularmente, hacia las masas subalternas. Esta mirada hacia adentro, sesgada por la perspectiva social que le fue característica, llevó al descubrimiento de la problemática de la "sociabilidad" y a la formulación del programa de construcción de un discurso "propio", que debía asumir la especificidad y diversidad americanas.

Sarmiento y Alberdi, al igual que los demás pensadores romántico-sociales de la primera mitad del siglo, percibieron la emergencia de las voces sociales nuevas y heterogéneas como un fenómeno "nominal", pues lo evaluaron como la consecuencia necesaria de las promesas de libertad e igualdad que había sentado la revolución de independencia y como expresión de una tendencia histórica general de democratización y de ascenso de la "plebe", cuyo hito fundamental se encontraba en la Revolución Francesa.

Porque experimentaron su propia época como heredera de esa gran revolución, nuestros escritores románticos la concibieron como "moderna", esto es, como una nueva era, en la que se disolvían todos los vínculos heredados del pasado. Su comienzo, en tierras americanas, estaba dado por la ruptura política de la tutela española, por la separación violenta de su organización institucional y legal imperial. Sin embargo, esa movilidad peculiar de nuestra historia se montaba sobre un manto de inestabilidad extendida y común a todo el mundo occi-

dental, resultado del tránsito desde el Antiguo Régimen hacia la instauración de la sociedad moderna y capitalista a escala mundial.

Ahora bien, dentro del panorama de cambio y renovación permanente que suponía la modernidad, el siglo XIX estaba llamado a producir, en tierras americanas, su propio aporte en la trama histórica urdida en el taller de las revoluciones anteriores; la tarea de la época consistía en completar las transformaciones y dar nacimiento a lo nuevo. En este marco, la gesta independentista fue interpretada por los escritores políticos del "interregno" como un paso fundamental hacia la constitución de una identidad propia de los pueblos hispanoamericanos, pero, al mismo tiempo, como una etapa —la de la "espada"— que debía ser completada por otra, la de la "pluma".

A esta oposición central de categoría —espada/pluma— se articulan otras: acción/pensamiento, generación que pasa/generación que asoma, héroes de la guerra/héroes de la filosofía, independencia material/independencia inteligente; en conjunto completan el sentido de la distinción alberdiana entre el momento épico de nuestra historia y una segunda aureola de modernidad, cuyos frutos debían darse en el campo de la cultura:

Nuestros padres nos dieron una independencia material; a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia: la conquista del genio americano. Dos cadenas nos ataban a la Europa: una material que tronó, otra inteligente que vive aún. Nuestros padres rompieron la una por la espada, nosotros romperemos la otra por el pensamiento. Esta nueva conquista deberá consumir nuestra emancipación. La espada, pues, en esta parte, cumplió su misión. Nuestros padres llenaron la misión más gloriosa que un pueblo tiene que llenar en los días de su vida. Pasó la época homérica, la época heroica de nuestra revolución. El pensamiento está llamado a obrar hoy por el orden necesario de las cosas, si no se quiere hacer de la generación que asoma, el pleonasma de la generación que pasa. Nos resta que conquistar, sin duda, pero no ya en sentido material. Pasó el reinado de la acción; entramos en el del pensamiento. Tendremos héroes, pero saldrán del seno de la filosofía [] La inteligencia americana quiere también su Bolívar, su San Martín. La filosofía americana, el arte americano, la sociabilidad americana, son otros tantos mundos que tenemos que conquistar.⁴

Sarmiento, por su parte, reclama por la emergencia de aventureros del pensamiento y la cultura, que realicen "la gran misión de su época":

⁴ *Ibid.*, p. 20

Quijotes, pues, se necesitan, que buscando aventuras y trabando por doquier caballerescas pendencias, extingan estos últimos restos de una época decrépita [.] espadachines de tinta y papel que acometan de recio contra las costumbres rutinarias de su patria, contra un orgullo nacional mezquino y mal alimentado, contra hábitos de pereza y abandono.⁵

La especificidad de la misión romántica con respecto a la gesta heroica de la independencia venía definida por la exigencia de producir un pensamiento propio. La expresión más elevada de esa emancipación cultural estaba representada por la producción de una reflexión filosófica nacida de la realidad peculiar de la América postindependiente. La aspiración fundamental que encerraba la proyectada filosofía americana era la comprensión de la singularidad nacional e histórica —para decirlo hegelianamente: “la aprehensión del tiempo en conceptos”—; su carácter era, por tanto, eminentemente práctico, pues, a juicio de los jóvenes romántico-sociales, sólo el entendimiento completo de las causas que originaban el caos social y político permitiría encontrar el camino para su superación.

Ante la revulsión social operada por la independencia, resultaba necesario practicar un “reordenamiento de los saberes y las prácticas” a partir de la introducción de un principio articulador y totalizador nuevo, orientado a dar respuestas ante las urgencias de la etapa postindependentista.⁶ Ese principio era precisamente, la filosofía, que Alberdi define como “la razón, el principio, el sentimiento más dominante” que gobierna todos los actos de la vida y responde a las necesidades “más imperiosas de cada periodo y de cada país”; el joven tucumano aboga, entonces, por una filosofía localizada, atenta al “carácter instantáneo y local de los problemas que importaban especialmente a la nación”. Sarmiento, por su parte, entiende que la “construcción de un orden nuevo” exige la elaboración previa de una filosofía, a la que define como “la ciencia de la vida [...] que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en las tendencias de los partidos, en la dirección de la política”.⁷ Es ésta una

Sarmiento, *Polemica*, p. 28

⁵ Cf. Roig, “La filosofía latinoamericana en sus orígenes”, pp. 6ss

⁷ Alberdi, “Ideas”, pp. 146 y 151; Sarmiento, *Polémica*, pp. 152 y 121. Sobre la formulación del programa de una filosofía americana, en los textos juveniles de Sarmiento y Alberdi, en general, y sobre las “Ideas” del último, en particular, Arturo Ardao, *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay de la Escolástica al Socialismo Utopico, 1787-1842*, 2.ª ed., Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1994, pp. 97ss, y Arturo Roig, “Necesidad y posibilidad del discurso propio” en *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, FCE, 1981, pp. 300-312

filosofía de la vida, concebida por él como un tipo de pensamiento capaz de apurar la conformación de una identidad nacional; una filosofía de la historia, capaz de interpretar los signos de los tiempos, de analizar la evolución del decurso de la humanidad y comprender la significación de la fase actual; una filosofía del lenguaje, apropiada para inducir una literatura militante, cuyas tareas son la crítica social y la educación popular. El escritor americano debe ser, por oposición al “arqueologista”, aprisionado en la contemplación de modelos antiguos —“vejeces” los llama Sarmiento—, un “pensador”, un “hombre de letras”, un filósofo.

En estos textos fundacionales, el referente social de la “filosofía americana” es la “revolución”, vivida como un fenómeno histórico propio. Alberdi y Sarmiento se disponían a asumir en su programa generacional la redefinición de los grupos humanos que habían hecho su aparición en la escena pública como consecuencia social del movimiento independentista. Los “nuevos rostros y voces” que poblaban “los salones y los campos” —esos “seres humanos ignorados y reclusos en la trastienda social construida para ellos desde siglos” que se hacían presentes como “sujetos sociales”—,⁸ configuraban un fenómeno social complejo que exigía una consideración profunda y que sería incorporado en la superficie textual de los escritos que analizamos.

Alberdi celebra la emergencia de las masas campesinas y ciudadanas y afirma que “todo el porvenir es de la plebe”.⁹ Sarmiento señala que el quiebre de la dura estratificación social de castas, propia de la época colonial, ha impulsado el ascenso social del hombre de pueblo, “el plebeyo, el mulato, el lacayo, que dice ‘yo también soy hombre’”. Enfrentado con los críticos del romanticismo, que han osado calificar el personaje *Ruy Blas* de Victor Hugo como una “monstruosidad que no existe en la naturaleza”, Sarmiento les recuerda que

la guerra de la independencia americana nos [ha] familiarizado con estos *Ruy Blas*, que han aprovechado la ocasión de un sacudimiento social para manifestarse, tomar un fusil y acabar una campaña, generales, gobernadores, representantes del pueblo, y no hay república de América que no tenga hasta hoy generales y diplomáticos que han sido en su origen verdaderos lacayos.¹⁰

Dentro de los marcos de esta reflexión, alcanzaría gran relevancia el problema de la lengua. Las consecuencias sociales de la revolución

⁸ Roig, “La filosofía latinoamericana en sus orígenes”, p. 4

⁹ Alberdi, *Fragmento*, p. 40

¹⁰ Sarmiento, *Polémica*, pp. 111 y 114

tenían que producir repercusiones en el plano del discurso. Contra los que se negaban a aceptar que la innovación política trae consigo una reformulación en todos los planos de la vida, incluido el del lenguaje —“como si en una época de regeneración social, el idioma legado del pasado había de escapar a la innovación y a la revolución”—,¹¹ los escritos juveniles de Garmiento y Alberdi propiciarían una extensión de la revolución al terreno de la palabra y la escritura.

*Las formas discursivas de la primera mitad
del siglo XIX: diarismo y ensayismo*

RAYMOND WILLIAMS ha llamado la atención sobre la existencia de una correlación entre épocas de cambio social y formas literarias y artísticas renovadoras:

Las formas más experimentales, más innovadoras y móviles pertenecen a sistemas sociales en los que estas nuevas características son evidentes o incluso dominantes. Los principales periodos de transición entre sistemas sociales están habitualmente caracterizados por el surgimiento de formas radicalmente nuevas que eventualmente se establecen y llegan a ser compartidas.¹

Ese fenómeno se hizo patente entre nosotros durante la primera mitad del siglo XIX; entonces, como expresión discursiva de la emergencia social generalizada, surgieron y se consolidaron las formas ensayísticas de escritura. El ensayo, íntimamente vinculado al periodismo de ideas y de opinión, se desarrolló al compás de los avances técnicos de alcance mundial que experimentó la prensa y de la creciente demanda de información que sólo podía ser cubierta por el diario, nuevo y veloz medio de difusión. Roig señala que

el paso del periódico ocasional —mensual, quincenal o semanal, entendiéndolo la enumeración como un progresivo acortamiento de periodicidad que culminó en el “diario” propiamente dicho— marcó el espíritu del nuevo siglo y separó el periodismo característico del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, del que se habría de desarrollar a partir de 1830, fecha que abre un proceso que culminaría en la década de los setenta, por lo menos en nuestros principales centros culturales, con la prensa diaria

Ibid. p. 86

Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1997, p. 217

¹¹ Arturo Roig, “El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas”, *Análisis* (Bogotá, Universidad de Santo Tomás), vol. XXVIII, núms. 53-54 (1991), p. 129. Roig ha señalado que, “más tarde, la consolidación del proceso capitalista desplazaría la

Ensayismo y diarismo fueron así dos canales expresivos íntimamente ligados; saturados del "interés del momento" y del "valor de las circunstancias". Ambos respondieron a la exigencia básica de cambio, cuyo referente fundamental era la revolución; ambos se presentaron como formas discursivas adecuadas para expresar la originalidad americana, para comprender la revulsiva realidad social postindependiente, para explorar la cuestión de la identidad cultural y política de las nuevas repúblicas, y para practicar un lenguaje con potencia interpelatoria y carácter realizativo.

A diferencia del "tratado", que porta pretensiones científicas y refleja un universo de códigos sociales y lingüísticos establecidos y no discutidos, propios de una sociedad ordenada, el libro escrito con espíritu ensayístico tiene la movilidad y provisoriedad de la publicación periódica: "Hoy los libros —afirma Alberdi— se hacen en el momento y se publican sobre la marcha".¹⁴ En tal sentido, los papeles públicos de la época pueden ser considerados "periodismo de ensayo", en los que se expone un saber opinable, cargado de juicios de valor, donde se practica una lectura cotidiana de los acontecimientos, urgida por la necesidad de elaborar respuestas y propuestas ante las rápidas transformaciones que se vivían.

El periodismo de opinión y la literatura ensayística, percibidos como formas antiinstitucionales de mensaje, propiciaron una estética que recogería en su seno tanto lo sublime como lo bajo, y favorecieron el descubrimiento de la riqueza y heterogeneidad de la vida cotidiana, antes ocultada, que, a la luz del derrumbe del sistema colonial y el surgimiento de las masas, se mostraba ahora en toda su dimensión. En la etapa anterior, el modelo neoclásico de belleza imponía la sola consideración de aquello que respondía a los cánones de perfección y

importancia y el interés hacia los contenidos informativos de la prensa periódica, así como los textos serán expresión del espíritu de 'codificación', según la palabra puesta de moda por Jeremías Bentham. Será entonces la época del abandono de las posiciones iniciales tanto de Sarmiento como de Alberdi"; desde el punto de vista de la caracterización cultural del siglo XIX latinoamericano, puede decirse que, de este modo, se daba inicio a una nueva etapa en que iban a predominar las formas discursivas institucionalizadas y se cerraba la etapa anterior de ensayo, búsqueda, crítica y experimentación. "La filosofía latinoamericana en sus orígenes", p. 12. También Mónica E. Scarano ha explorado la cuestión del ensayo como género literario en "Discurso ensayístico, cultura e ideología en el sistema literario hispanoamericano", *Revista del CELSIS*, I, num. 1 (1991), pp. 155-166. En "La cuestión del discurso ensayístico. Hacia una delimitación del *corpus* ensayístico hispanoamericano", *Escritura* (Caracas), xv, 29 (enero-junio de 1990), pp. 187-198, Scarano establece una distinción entre tratado y ensayo, y vincula el auge del ensayismo latinoamericano con la etapa de formación de las nacionalidades y el comienzo del proceso de organización institucional.

¹⁴ Alberdi, *Fragmento*, p. 49

equilibrio; las formas de vida propias del campesinado y de la plebe urbana no resultaban merecedoras de ser acogidas en la literatura y el arte, y su mostración era vista como reñida con los principios del buen gusto. Con el derrumbe del sistema colonial, “la vida se había salido de los salones y también andaba por las calles y los campos”, haciendo necesario entonces “aprender a leer también lo bajo”.¹⁵ La captación de la multiplicidad de formas coexistentes en la vida cotidiana fue favorecida por el nuevo interés que despertaba el lenguaje y los signos; en adelante, las hablas, los hábitos, las costumbres, se mostrarían como símbolos que debían ser interpretados a fin de producir una comprensión profunda de la cultura americana que permitiera la superación de los vestigios coloniales todavía activos entre nosotros.

El ensayo y el diarismo —con sus notas de movilidad, fragmentariedad, actualidad, imperfección formal, literatura de ideas, acentuación del valor comunicativo del lenguaje— resultaron formas óptimas para el ejercicio de la utopía del lenguaje, necesario acompañamiento de las utopías sociales y políticas que se buscaba impulsar.

Ambas formas discursivas propiciaron una comprensión de la verdad como histórica, en la que se asumió la relatividad y progresividad del conocimiento: “los defectos de forma son imperceptibles, y los de fondo no pueden ser decisivos —dice Alberdi—, porque no siendo otra cosa un libro que la expresión sumaria de un momento del pensamiento, fácilmente pueden ser reparados [...] Hacemos un ensayo, no un testamento”; y Sarmiento exclama “no reconocemos nosotros ni reconoce la época en que vivimos tan grande número de verdades absolutas que no sean materia de cuestión”.¹⁶

A diferencia de la literatura “testamentaria”, simbolizada por el tratado y el manual, el ensayo romántico no pretendía establecer verdades definitivas, sino abrir la puerta a la discusión de los problemas de la actualidad; Sarmiento declara que el objetivo de su actividad periodística es

apoyar nuestros pensamientos sobre los *intereses del momento* que han llamado nuestra atención en aquellos principios que guían a las *sociedades libres que nos sirven de norma*, y atacar con mano firme las costumbres y preocupaciones que obstan a nuestra regeneración social; llamar diariamente por la amonestación, por el convencimiento, por las pullas, a la juventud a ocuparse de los *intereses de su país*; aplaudir toda mejora útil, todo

¹⁵ Roig, “El siglo XIX latinoamericano”, p. 128

¹⁶ Alberdi, *Fragmento*, p. 50; Sarmiento, *Polémica*, p. 92

progreso en nuestras costumbres, todo movimiento regenerador toda publicación útil, tal ha sido [nuestra] tarea constante ¹

Los jóvenes argentinos asumían su producción como literatura defectuosa, escrita ante las urgencias del momento, comprometida con los conflictos actuales y, por tanto, susceptible de corrección futura; pues, “en un país que empieza su existencia política, deben admitirse favorablemente aun los más imperfectos ensayos, siempre que propendan al bien general”. Por eso, dirigiéndose a los jóvenes, Sarmiento les aconseja “consagrarse a los trabajos del espíritu, sin arredrarse por la falta de corrección y perfección artística de sus ensayos: perfección de todo punto imposible, por falta de bases, es decir, de una literatura y una ciencia formadas”. La búsqueda de la perfección es percibida, incluso, como perjudicial para el estado de desarrollo de los pueblos americanos, y desajustada respecto de la tarea educativa que el escritor público debe cumplir: “La literatura es la expresión del progreso de una sociedad, y donde los escritores fuesen de una esfera muy superior a la de los lectores, habría una anomalía que rompería todo vínculo entre los pensamientos escritos y la inteligencia del público”.¹⁸

En su desarrollo, el ensayo romántico introducía la experimentación, analizaba un fenómeno desde distintos ángulos y no pretendía agotar la multiplicidad de aspectos involucrados en un problema; por el contrario, esta literatura fragmentaria tomaba un escorzo de la realidad considerado relevante para una circunstancia determinada, y dejaba abierta la posibilidad de posteriores y sucesivos acercamientos a otros flancos del problema. En este sentido Sarmiento descarta tomar como principio de su reflexión una verdad o doctrina “aprendida en las aulas y recibida como un artículo de fe”, y adopta como punto de partida el examen y la observación “de los hechos que nos rodean; y de su conjunto, de su unidad y de su tendencia sostenida, decidimos *a posteriori* la teoría que les da existencia”. Alberdi se declara “escuelero” e invita a los críticos a ejercer una tarea correctiva y colaborar, de ese modo, con su propio proceso de aprendizaje.¹⁹

El ensayismo de la primera mitad del siglo XIX privilegia el contenido significativo y la capacidad de comunicación y persuasión del discurso por encima de la corrección formal o la perfección estilística. “No queremos —dice Sarmiento— esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la *expresión* y nada a la *idea*, sino una

¹⁷ Sarmiento, *Polémica*, p. 91. las cursivas son nuestras

¹⁸ *Ibid.*, pp. 87, 89 y 90

¹⁹ *Ibid.*, p. 51, Alberdi, *Fragmento*, p. 51

literatura hija de la experiencia y de la historia". Nuestros autores critican la razón abstracta, emblema de la ilustración, como fundamento del lenguaje, y buscan anclarlo en una razón histórica, producto del intercambio de los hombres entre sí y con el medio que los rodea. En este contexto, Sarmiento sienta el principio de arbitrariedad de los signos: la legitimidad de un término deriva de la comprensión de su significado en el seno de la comunidad de hablantes; la relación entre significado y significante se justifica por el consenso social. Por lo tanto, que una palabra sea respetuosa del lenguaje de Cervantes, no le aporta ningún valor agregado: "En ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza, de usar tal o cual combinación de sílabas para entenderse; desde el momento que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena". De acuerdo con este criterio esencialmente pragmático, que privilegia la relación intersubjetiva en la producción del sentido, Alberdi establece la eficacia comunicativa como criterio de legitimidad del lenguaje: "¿Tu lenguaje penetra, convence, ilumina, arrastra, conquista? Pues es puro, es correcto, es castizo, es todo. La legitimidad de un idioma no viene ni puede venir sino del pleno desarrollo de su misión".²⁰

Los escritos juveniles de Sarmiento y Alberdi hacen visible en su superficie textual al sujeto productor del discurso, que instaura un diálogo con el lector, al que interpela como destinatario interesado y participante de una discusión: "No podríamos disimular nuestro dolor si los espíritus jóvenes, para los cuales escribimos, rechazasen nuestras ideas" —expresa Alberdi. En cuanto a Sarmiento, en sus escritos se desplaza constantemente la crítica desde el enunciado hacia la enunciación; atrevido, pregunta insolentemente por las intenciones ocultas de su adversario y desnuda la imagen que éste construye para sí en tanto enunciador. Así, por ejemplo, para ridiculizar a un oponente, redactor de una publicación periódica de Santiago, pone al descubierto su pretensión de revestirse como "portavoz" autorizado: "Es el representante del público, aunque el público recién empiece a tener noticia de que tal *Semanario* existe". En otra ocasión se burla de los aires aristocráticos de sus contendientes que, carentes de argumentos sólidos para defenderse, ponen a salvo su reputación a través de la estrategia de evitar la discusión con "un chuquiso, un plumo, un ordinario", un advenedizo, un autodidacta, como el sanjuanino. "Tiene razón el *Semanario*; sus redactores 'no están en el caso de ofrecerse en espectáculo al pueblo como histriones de farsa'. No; ellos son gente rica

²⁰ Sarmiento, *Polémica*, p. 82. Alberdi, *Fragmento*, p. 47

y acomodada, llevan una vida decente y recogida, y sobre todo son caballeros de muy noble alcumia”.²¹

Otro rasgo saliente del ensayo romántico, tal como es practicado por Sarmiento y Alberdi en sus escritos de esta época, es la expresa conciencia de que la lengua es una mediación de la experiencia de los actores sociales, y por lo tanto, está sujeta a la transformación social y política que se vive. “Marchar en ideología—señala Sarmiento—, en metafísica y en política, aumentar ideas nuevas a las viejas y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, es haber perdido la cabeza”. El discurso resulta ser, por lo tanto, una instancia fundamental en el proceso de construcción de las identidades colectivas: “Una lengua—sostiene Alberdi— es una facultad inherente a la personalidad de cada nación, y no puede haber identidad de lenguas, porque Dios no se plagia en la creación de las naciones”.²²

*Política y lenguaje: la reflexión sobre el ensayo
como forma discursiva*

LA práctica del diarismo y de la escritura ensayística es ejercida por nuestros autores como parte de un programa político, pedagógico y cultural de refundación de las sociedades americanas sobre los principios republicanos que habían sido proclamados por la revolución. La tarea generacional suponía un momento “crítico”, destructor de las costumbres y hábitos heredados del periodo colonial, y un momento “constructivo”, orientado a colocar los cimientos de nuevas formas de sociabilidad. Dentro de este vasto programa generacional, ocupaba un lugar destacado la reformulación del lenguaje. La multiplicidad de aspectos que se despliegan en la elaboración de una propuesta discursiva acorde a las necesidades de la hora, permite sostener que en los escritos sarmientinos y alberdianos que analizamos no sólo se pone en práctica el ensayo literario como forma discursiva, sino que además se elabora una “teoría del ensayo”, esto es, una reflexión metadiscursiva que tematiza de modo explícito y deliberado la articulación entre una reforma política, a tono con la exigencia de capacitación de las masas para el ejercicio de la soberanía en los nuevos Estados republicanos, y la elaboración de un discurso “propio”, capaz de asumir las necesidades específicas de la América independiente y de cumplir con la vocación

²¹ *Ibid.*, p. 54. Sarmiento, *Polémica*, pp. 122 y 129

²² *Ibid.*, p. 82; Alberdi, *Fragmento*, p. 47

social de completar la independencia política con la “emancipación mental”.²³ En la base de esta reflexión volcada sobre el discurso mismo como objeto, sobre las formas que aquél debía vestir para resultar útil al designio patriótico que lo animaba, sobre el carácter comunicativo que debía adoptar la palabra pública, se encontraba una hipótesis básica, que establecía un nexo directo entre los cambios sociales de la época y su necesaria traducción discursiva. Si la lengua es mediación de la experiencia social e individual de las formas de la vida cotidiana, el lenguaje debe revestirse de formas y contenidos nuevos, acordes a las urgencias de nueva etapa que se emprendía. Pensamiento, lenguaje y sociedad son estructuras dinámicas estrechamente vinculadas; por tanto, el proyecto político de refundación de la sociedad y de destrucción de los reductos mentales coloniales exigía un correlativo proyecto de escritura.

Esta expresa relación entre lenguaje ensayístico y crisis social, que supone una concepción amplia del ensayo como forma de praxis social y lingüística, define la misión generacional de los romántico-sociales latinoamericanos como el ejercicio de una búsqueda en dos planos complementarios: gobernar por primera vez con los sectores populares y para la sociedad en su conjunto, por una parte, y elaborar un nuevo código cultural capaz de sustentar el proyecto de reforma social, por otra. Simón Rodríguez, exponente destacado de la generación, había expresado ya, con toda claridad, el espíritu que animaba el proyecto romántico-social. cuando justificaba su regreso a América, luego de su largo exilio europeo. en una carta a su discípulo, Simón Bolívar: “Yo no he venido a la América porque nací en ella, sino porque tratan sus habitantes de una cosa que me agrada, y me agrada porque es buena, porque el lugar es propio para la conferencia y para los ensayos”.²⁴

En la teoría del ensayo de cuño romántico-social confluyen una serie de elementos que nos interesa considerar y que pueden resumirse en la exigencia de explorar las potencialidades de un lenguaje que cumpliera con tres requisitos, a saber, ser *actual*, ser *americano* y ser *popular*. A continuación desarrollamos cada uno de ellos.

²³ Sobre la “teoría del ensayo” o “ensayo sobre el ensayo” que practicaron los escritores del romanticismo social latinoamericano. Daniela Rawicz, “La problemática del ensayo en *Sociedades Americanas de 1828* de Simón Rodríguez”, Tesis de Licenciatura en Comunicación Social, Mendoza. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, 1999, pp. 14-30 y 56-68.

²⁴ Simón Rodríguez, “Carta desde Guayaquil” (1825), en *Obras completas*, 2 vols., Caracas, Universidad Simón Rodríguez, 1975, I, p. 74.

En primer lugar, la demanda de *actualidad* se relaciona con la consideración reflexiva de la forma ensayística como “moderna”, apropiada para comprender las innovadoras tendencias que se observan en la realidad social y para impulsar las transformaciones profundas que se quieren implementar. En tal sentido la reflexión sobre el lenguaje no puede evitar la crítica frontal y despiadada a la estética neoclásica, considerada, en general, como expresión de una sociedad aristocrática, ya superada por el “espíritu del siglo”, y, en el caso específico americano, como característica de la hegemonía española en América, ya derrotada por las armas.

El establecimiento de una relación explícita entre forma discursiva y tipo de sociedad plantea la polémica con el casticismo y el academicismo que practican los exponentes de la intelectualidad americana de la generación anterior, o que se han formado con ella. La exigencia de que el lenguaje sea puro, castizo y adecuado a las reglas de la gramática española es tomada como síntoma de una ideología reaccionaria y tradicionalista que, más allá de su faz exclusivamente lingüística, basada en la consagración de la literatura española del Siglo de Oro como modélica, poseía un alcance social específico: expresaba el desprecio por los sectores populares y sus hablas y escondía la supuesta superioridad social o racial del grupo criollo hegemónico frente a los sectores populares y su lenguaje.

Atenerse a los parámetros neoclásicos en arte y literatura, insistir en la corrección formal de la lengua y en la pureza del idioma castellano como criterios estilísticos, era desconocer que el “movimiento”, emblema de la época, afecta todas las producciones humanas y que la lengua no escapa a las transformaciones del tiempo. “El idioma de un pueblo —dice Sarmiento— es el más completo monumento histórico de sus diversas épocas y de las ideas que lo han alimentado; y a cada faz de su civilización, a cada periodo de su existencia, reviste nuevas formas, toma nuevos giros y se impregna de diverso espíritu”. El vocabulario crece a medida que se amplía el círculo de las ideas, y las reglas se transforman a medida que se desarrolla la “sociabilidad” de un pueblo, que es, en masa, quien forma el idioma. Además, todas las lenguas evolucionan por el contacto entre las naciones. Este dinamismo, que ha acompañado siempre a la historia de la humanidad, se ha acentuado en la época moderna, en razón de la organización democrática que las sociedades modernas han adoptado:

Los idiomas vuelven hoy a su cuna, al pueblo, al vulgo, y después de haberse revestido por largo tiempo el traje bordado de las cortes, después

de haberse amanerado y pulido para arengar a los reyes y a las corporaciones, se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quien los escritores se dirigen, y ennoblecen sus modismos, sus frases y sus valientes y expresivas figuras.²⁵

Las sociedades antiguas, aristocráticas, “testamentarias”, privilegian el estilo correcto y las formas cultas sobre las ideas y el fondo, y transmiten así una imagen de orden, de regularidad, de moderación. En ellas, la función del escritor es perfeccionar, no producir. Por el contrario, las sociedades modernas, democráticas, populares, descuidan la forma, usan un estilo incorrecto, atrevido, vehemente. “Y bien —inquiere, malicioso, el sanjuanino—, ¿a cuál de estas dos épocas quieren nuestros puristas pertenecer en la forma de sus escritos?”. La respuesta muestra lo que se oculta tras el velo de un asunto de “lenguaje”: “¿A la aristocrática, eh?”.²⁶

También Alberdi considera al clasicismo de estilo y de costumbres como “una planta que por lo regular germina al abrigo propicio de los tronos despóticos, bajo el rocío benigno de las oficiosidades de una corte degradada”. Nada más alejado de la realidad americana:

Pero nosotros, pobres demócratas, ¿en qué palacios, en qué salones, para qué monarcas cultivaremos frutos tan exquisitos? Nuestro rey es el pueblo; sus palacios y salones son las plazas y calles públicas [...] En los Estados representativos es el pueblo quien habla por la boca del escritor; y el pueblo es demasiado grave y demasiado sencillo para curarse de los frívolos ornamentos del estilo: busca el fondo de las cosas, y desdeña las frases y las palabras. Por otro lado, bajo la democracia, todo debe penetrarse de su espíritu. Literatura, arte, lengua, costumbres, usos y trajes, todo debe ostentar un modesto nivel, una cristalina y filosófica armonía.²⁷

Sarmiento califica a los puristas como exhumadores de un idioma viejo, enterrado junto con los escombros del despotismo político y religioso, y defiende su lenguaje “mestizo”, por oposición al lenguaje “castizo”, puro e incontaminado, que borra en la superficie textual las marcas de lo social y de lo histórico, y se presenta como neutro, natural, universal.

Las preocupaciones de los rigoristas tienen un trasfondo político: son dañinas e inoportunas porque obstaculizan el desarrollo de la espontaneidad creadora que necesita explorar la juventud americana.

²⁵ Sarmiento, *Polémica*, p. 58

²⁶ *Ibid.*, p. 59

²⁷ Alberdi, *Fragmento*, p. 49

Sarmiento llama permanentemente la atención sobre el hecho de que nuestras sociedades recién comienzan a transitar el camino de la civilización; no hemos aprendido más que los rudimentos del saber, no tenemos aún arte, ni ciencias, ni cultura; en este contexto, resultan abiertamente extemporáneas las “pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto, que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y compleja”.²⁸

Dentro de la misma línea, Alberdi reivindica el derecho a ensayar, a tantear y a equivocarse en materia del lenguaje y la escritura. Los defectos de forma y fondo pueden ser corregidos a futuro; lo que vale es el esfuerzo por aportar “verdades útiles para la patria”. Consciente de la situación que atraviesan las jóvenes repúblicas americanas, en las cuales “la instrucción es naciente y el saber incompleto”, se reconoce aprendiz y ensayista: “Nosotros no somos abogados, no somos jueces, no somos maestros, no somos nada todavía: no estamos, pues, obligados a saberlo todo. Somos aún escueleros. La ignorancia nos pertenece. Escribimos para aprender, no para enseñar, porque escribir es muchas veces [unaformade] estudiar”. El tucumano recuerda una larga cita de Montesquieu, que refiere para criticar el método educativo de los rigoristas en materia de lenguaje, quienes, con su pedantería, sus vanos escrúpulos, su odio a la innovación, ahogan la creatividad de la juventud.²⁹

En segundo lugar, con respecto del requisito de *americanidad* que se exige cumplir al lenguaje, el programa romántico de una “segunda independencia” y el proyecto de elaboración de un discurso propio, suponían la necesaria formulación de una expresión también “propia”. El correlato discursivo del desconocimiento de la autoridad del rey de España en el terreno político era el rechazo de la jurisdicción de la Academia española en cuestiones de lenguaje. Para Alberdi, escribir “a la española” es, por lo tanto, un modo de despreciar a la nación; defender el español castizo es buscar la legitimidad de la palabra en un principio exótico. Si la lengua es una “faz del pensamiento”, “la nuestra pide una armonía con nuestro pensamiento americano”. Tenemos que construir una personalidad nacional, desarrollar el genio de nuestra patria, descubrir nuestro carácter propio; ese complejo programa de “emancipación inteligente” debe coronar la ya conseguida “emancipación política”, con la elaboración de una lengua también emancipada, aspecto fundamental de una soberanía nacional completa.

²⁸ Sarmiento, *Polémica*, p. 61

²⁹ Alberdi, *Fragmento*, pp. 51-53 y 59

Juan Bautista Alberdi concibe al lenguaje como una estructura simbólica en permanente relación con el código social y político, y no como una estructura inmanente, que responde a criterios internos, incontaminados y fijos, y a una normatividad de tipo vertical. El sistema de la lengua está anclado en la realidad social e histórica concreta de la vida de un pueblo. que además de peculiar y cambiante es heterogénea y conflictiva. Por tanto, aboga por la creación de un "estilo americano" de pensamiento y de escritura, que sea capaz de alcanzar a un público americano amplio y popular y de recoger en su seno las necesidades sociales urgentes.

El mandato de escribir en un español castizo y neto "no conduciría más que a la insipidez y debilidad de nuestro estilo [...] se quedaría conforme a Cervantes, pero no conforme al genio de nuestra patria". La imputación de que se escribe mal porque no se escribe en español puro, es un rasgo de "godismo" inaceptable en una sociedad que pretende ser libre y democrática.³⁰

En consonancia con el imperativo de elaborar un discurso propio, ajustado a la especificidad americana, responsable frente a las necesidades apremiantes de reforma cultural y de organización nacional de las recientes repúblicas, aflora el énfasis sostenido en los contenidos que el discurso ensayístico debe vehiculizar, más que en la estructura formal con que se construye.

La crítica al culteranismo y el rigorismo en materia de lenguaje encuentra su fundamento más profundo en la oposición categorial entre las "ideas" y las "formas" exteriores en que se vierte el pensamiento. Alberdi cuestiona frontalmente el privilegio otorgado a las formas sobre las ideas, en la enseñanza de la lengua que se imparte a los jóvenes: "ninguno puede dedicarse a decir bien cuando va acosado del temor de decir mal, y en lugar de seguir su pensamiento, tiene que atender únicamente a usar de términos que no ofrezcan reparo a la sutileza de los críticos".³¹

³⁰ *Ibid.*, pp. 45-48

³¹ *Ibid.*, pp. 51ss. La cita de Montesquieu, tomada de *Defensa del Espíritu de las Leyes*, tercera parte, es la siguiente: "Las personas que quieren enseñar siempre, impiden mucho de aprender: no hay ingenio que no se encoja, si lo envuelven en un millón de escrúpulos vanos. ¿Tiene uno las mejores intenciones del mundo? Pues le obligan a dudar de sí mismo [...] Esto es ponernos un capillo en la cabeza para decirnos a cada palabra Cuidado con no caer: tú quieres hablar como tú, pues yo quiero que hables como yo. ¿Va uno a tomar vuelo?, al instante le cogen por el brazo. ¿Tiene uno fuerza y vida?, se la quitan a puro pincharle con alfileres. ¿Se eleva uno algún poco?, al instante viene alguno con su vara de medir, levanta la cabeza y le dice que baje para tomarle la medida. ¿Corre uno por su carrera?, pues quieren que uno vaya mirando todas las piedras que las hormigas han puesto en el camino. ¡No hay ciencia ni literatura que resista a tal pedantismo!"

Para Sarmiento, el énfasis en el aspecto formal de la expresión impide el libre examen de los problemas de fondo que urge plantear y resolver en las repúblicas, y distrae la atención de la juventud hacia discusiones estériles y carentes de relevancia social. “Es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de estos gramáticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos [...] No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo”. Es necesario desterrar ese tipo de estudios; en lugar de mantener ocupados a los jóvenes en la pureza de las palabras y en la perfección formal, hay que “inquirir ideas de dondequiera que vengan”:

Nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta, será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agrada al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será nuestro, nadie os lo disputará.³²

El enojo de Sarmiento con los “gramáticos” es tan profundo que se atreve a sugerir que se le aplique a Bello la pena del ostracismo. Sin nombrarlo de modo directo, a través de la referencia elíptica a “un gran literato que vive entre nosotros”, propone sancionar al maestro venezolano con el destierro “por el único motivo de haber profundizado más allá de lo que nuestra paciente civilización exige en los arcanos del idioma y por haber hecho gustar a la juventud las exterioridades del pensamiento y las formas correctas de la lengua, con menoscabo de las ideas”. En la coyuntura actual, Bello es “un anacronismo perjudicial”.³³

La novedad de América exige pensarla y hablarla desde criterios renovados. La enseña del siglo es el progreso; su ley obliga a buscar modelos en el futuro, no en el pasado, en lo propio, no en lo ajeno. La literatura, expresión de cada época y de cada sociedad, no es ajena a esta legalidad histórica.

¿Puede el siglo volver atrás para dejar de ser lo que es? [] Tal modo de racionar, si se resolviese por la afirmativa nos induciría a adoptar su política, su religión y aquellas costumbres depravadas que la ilustración del

³² Sarmiento, *Polémica*, p. 61

³³ *Ibid.*, pp. 61ss

siglo no deja de motejar. ¿Por qué no admitimos también estos legados, por qué nos separamos de lo que sus cabezas crearon, sus corazones creyeron y sus palabras aplaudían? Se desecha todo esto, por lo menos se modifica, y sin embargo se quiere hacer tremolar sobre nuestro suelo la bandera de su literatura en toda su extensión.³⁴

En contra de los “retrógrados” que tienen sus ojos puestos en el pasado, y que pretenden encerrar el pensamiento en moldes antiguos, Sarmiento se declara partidario de refundar la lengua según los cánones que permite avizorar el futuro. Los idiomas expresan ideas y cambian con ellas. En una época que aspira a profundizar el legado revolucionario de la independencia, la lengua está sujeta a transformación.

Finalmente, en tercer lugar, la consideración de que el lenguaje fuera *popular* estaba relacionada con la evaluación de la historia reciente. A juicio de la nueva generación, la experiencia independentista había mostrado que la república no se instauraba por decreto. Si la utopía constitucionalista que había aspirado a refundar la sociedad desde el aparato jurídico-estatal había fracasado, se volvía entonces necesaria una mirada diferente, más profunda y aguda sobre la cuestión social. La futura institucionalidad republicana debía cimentarse en el reconocimiento previo de las potencialidades de todos los sectores sociales, sin excluir a las masas populares. La formulación teórica de una necesaria adecuación entre los planos de la política y de la lengua se resolvía, de este modo, en la recepción en el espacio discursivo de las hablas “mestizas” que poblaban el lenguaje popular y en la construcción de una forma expresiva que encontraba en el pueblo la fuente de inspiración del escritor público y el principio de legitimidad de su discurso.

En este marco, Alberdi y Sarmiento reivindican la soberanía del pueblo en materia de idioma. El sanjuanino fustiga a los “gramáticos”, los llama “el partido conservador de la sociedad habladora”, y señala su oculto interés en conservar la tradición y resistir los embates populares que introducen innovaciones en la lengua. En el marco de una polémica que entabla con Andrés Bello y sus discípulos en la prensa chilena, originada inicialmente en la cuestión de la licitud de la introducción de extranjerismos en la lengua española, Sarmiento consigue llevar a su adversario al terreno donde quiere batirse con él: el social. Don Andrés defiende el papel de “custodios filosóficos” de los gramáticos y llega a afirmar que “en las lenguas como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las

³⁴ *Ibid.*, p. 106

leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma".³⁵ Como consecuencia de su desafortunada afirmación, Bello recibe el golpe despiadado del argentino, que no duda en recurrir a la ironía para ridiculizar y desautorizar al sabio venezolano; lo muestra en posesión de un pensamiento extraviado, desconocedor de los fundamentos democráticos de la vida republicana americana y sesgado de aristocratismo y desprecio por el pueblo:

Nos hemos quedado largo rato con la pluma en la mano recapacitando si es cierto que lo último se ha escrito en una república donde el dogma de la soberanía del pueblo es la base de todas las instituciones y de donde emanan las leyes y el gobierno [...] ;Qué es esto por Dios! ¿Dónde está la autoridad que no consiente en autorizar al pueblo en la formación del lenguaje? ¿Quién es ese que tan ridículo halla confiar al pueblo la decisión de las leyes? He ahí, pues, los resultados; emplead toda vuestra vida en examinar si tal palabra está usada con propiedad, si tal otra es anticuada, si tal modismo es vulgar, si la academia lo ha reprobado, si es extranjera, si la usó Argensola o Juan de los Palotes, y en seguida subios a la cátedra a decir . ¿qué?... No importa, con tal que lo que se diga esté arreglado a los admirables modelos de la lengua. Ocupaos de las formas y no de las ideas, y así tendréis algún día literatura, así comprenderéis la sociedad en que vivimos, y las formas de gobierno que hemos adoptado.³⁶

Para Sarmiento, el principio de soberanía popular tiene plena vigencia tanto en la organización institucional de un régimen republicano como en el establecimiento de las modalidades y términos del idioma. En ambos casos los cuerpos colegiados que fijan las reglas del funcionamiento de la sociedad y del lenguaje son representantes del pueblo y obedecen al mandato popular:

Si hay un cuerpo político que haga las leyes, no es porque sea ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes, como lo practicaban las ciudades antiguas, sino porque representando al pueblo y salido de su seno, se entiende que expresa su voluntad y su querer en las leyes que promulga. Decimos lo mismo con respecto a la lengua: si hay en España una academia que reúna en un diccionario las palabras que el uso general del pueblo ya tiene sancionadas, no es porque autorice su uso, ni forme el lenguaje con

³⁵ Andrés Bello, "Ejercicios populares de lengua castellana" (*Mercurio*, 12 de mayo de 1842), en Sarmiento. *Polémica*, p. 88.

³⁶ Sarmiento, *ibid.*, pp. 56-57.

sus decisiones, sino porque recoge como en un armario las palabras cuyo uso está autorizado unánimemente por el pueblo mismo y por los poetas.³⁷

Incluso avanza todavía más y despoja al “senado conservador” que forman los gramáticos de toda representatividad popular. Quien tenga a su cargo el establecimiento de las reglas del lenguaje correcto no ha de ser un cuerpo elitista, integrado por los vetustos intelectuales de la generación anterior, imbuidos de la admiración por los modelos antiguos que Sarmiento deplora, sino una institución moderna y democrática, en el sentido de respetuosa del principio de la libre discusión como origen de la verdad: la prensa periódica: “Nuestra época es la época de la libertad [...] de la discusión nace la verdad. Se discute en nuestras cámaras representativas, se discute en la prensa, que también es representativa”.³⁸

Alberdi establece la misma relación entre el pueblo soberano y quienes representan su voluntad:

El pueblo es legislador, no sólo de lo justo, sino también de lo bello, de lo verdadero, de lo conveniente. Una academia es un cuerpo representativo que ejerce la soberanía de la nación en cuanto a la lengua. El pueblo fija la lengua como fija la ley; y en este punto, ser independiente, ser soberano, es no recibir su lengua sino de sí propio, como en política es no recibir leyes sino de sí propio.³⁹

Como naciones independientes de los mandatos de la península, las nuevas repúblicas requieren de la formación de una Academia americana que se encargue de establecer la lengua americana. Mientras este cuerpo no exista, la tarea de fijar las normas idiomáticas y el vocabulario correcto está sujeta al ensayo y a la creación espontánea y libre de la juventud americana.

El gramaticalismo supone la aceptación de una normativa dictada por un cuerpo de académicos que se arroga autoridad en materia de lenguaje; de hecho, los sabios académicos no hacen sino sancionar el uso vigente entre los sectores cultos de la sociedad española. Los jóvenes argentinos rechazan la práctica y la ideología que ese procedimiento supone. Sarmiento se enorgullece de mostrarse “licenciosamente popular” en asuntos de lenguaje y reivindica el teatro y la literatura modernos y “progresistas”, porque en sus piezas se observa una “ten-

³⁷ *Ibid.* p. 57

³⁸ *Ibid.* p. 92

³⁹ Alberdi, *Fragmento*, p. 47

dencia a rehabilitar al hombre que sufre por las preocupaciones de la sociedad, al genio que se rebulle en el fango en que lo han echado desigualdades ficticias, y llega a abrirse paso por entre los obstáculos y colocarse en el punto elevado que le corresponde". El *Ruy Blas* de Hugo representa una vigorosa protesta contra privilegios sociales absurdos; es una obra crítica inspirada en los postulados de la escuela socialista, cuyas doctrinas no son librescassino que están a la vista en "el espectáculo de nuestras necesidades sociales", en la vergüenza que experimenta el hombre moderno frente al hecho de que "el plebeyo, el mulato, con talento, con virtudes, sea despreciado y mantenido en una inferioridad inmerecida".⁴⁰

En esta línea de pensamiento, declara su adhesión al "socialismo", corriente de pensamiento y de acción que define como "la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren".⁴¹ En otro lugar, amplía su definición insistiendo en el carácter igualitario y popular de los principios socialistas, así como su coherencia con los postulados de la independencia americana:

Hemos sido siempre y seremos eternamente socialistas, es decir, haciendo concurrir el arte, la ciencia y la política o lo que es lo mismo, los sentimientos del corazón, las luces de la inteligencia y la actividad de la acción, al establecimiento de un gobierno democrático fundado en bases sólidas, en el triun-

⁴⁰ Sarmiento, *Polémica*, pp. 111 ss. En su "Polémica sobre el Romanticismo". Sarmiento reivindica esta escuela literaria, a la que entiende como la aplicación en la literatura de los principios revolucionarios modernos. Sin embargo, considera que este movimiento estético ya ha cumplido su misión "destruictiva" en la década de los años cuarenta, y que la actualidad en literatura está representada por la corriente "socialista". El romanticismo era una "protesta enérgica y solemne contra las categorías en que el antiguo espíritu social había encerrado la creación; la admisión de las cosas despreciadas, odiadas y miradas con asco, sin excluir lo feo en el orden físico, lo malo en el orden moral, lo extraño en el orden intelectual. El romanticismo era, pues, una verdadera insurrección literaria como las políticas que le han precedido. Ha destruido todas las antiguas barreras que se creían inamovibles, lo ha revuelto y destruido todo. Pero no construyó nada tampoco, y desapareció el día que concluyó su tarea. ¿Quién le ha sucedido en el lugar que dejó desamparado? ¿Quién aspira al menos a sucederle? El socialismo, perdónennos la palabra" (p. 112).

⁴¹ Ardao señala que el término "socialista" tenía, para los miembros de la Generación del 37, connotaciones sansimonianas, aunque no ortodoxas. Se utilizaba por entonces "en un sentido muy amplio, significando más que nada el punto de vista social en política y en arte. Pero no dejaba de tener, todo lo vaga que se quisiera, una intención revolucionaria e igualitaria". Ardao, *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay*, p. 95.

fo de la libertad y de todas las doctrinas liberales, en la realización, en fin, de los santos fines de nuestra revolución.⁴²

En cuanto a Alberdi, es evidente la inclinación popular y democrática de sus escritos de esta época. En el *Fragmento preliminar* considera que la paz, condición indispensable para iniciar el camino de la regeneración social, sólo será posible si se parte del reconocimiento de la voluntad popular. “Respetemos el pueblo; venerémosle; interroguemos sus exigencias, y no procedamos sino con arreglo a sus respuestas”. La vanguardia intelectual y política que la hora exige no debe alejarse de las masas; debe saber esperarlas, contribuir a su preparación para el logro de su madurez política, y aprender de ellas. “Respetemos a la pobre mayoría; es nuestra hermana: aunque inculta y joven, pero vigorosa y fuerte. Respetemos su inocente ignorancia y partamos con ella nuestra odiosa superioridad mental”. En la relación con el pueblo, los intelectuales que se disponen a completar la independencia material con la emancipación moral de la América deben evitar el antagonismo que enfrentó a los grandes pensadores políticos que soñaron la independencia y a las masas populares, inmaduras aún para recibir los beneficios de una libertad plena. “Hoy, pues, es tiempo de terminar este triste divorcio entre la civilización y la fuerza”; sólo entonces las masas abrirán “una franca acogida a la joven generación”.⁴³

En lo relativo a la forma de gobierno democrática, para Alberdi la introducción en América de la forma republicana y representativa de gobierno —correspondiente a una etapa avanzada en la evolución de los pueblos y a la “infancia” por la que transita aún el continente— fue un error nacido del apresuramiento y la vehemencia característicos del proceso revolucionario independentista. Ansiosos de romper las cadenas que mantenían a las colonias bajo la tutela española, los libertadores proclamaron la libertad con una amplitud de miras para la que no estaban aún preparados los habitantes de estas latitudes. “y saltando de la edad colonial a la edad representativa, quisimos ser viejos cuando recién nacíamos. Nos hicimos independientes, y en seguida demócratas, como si la independencia interior fuese un inmediato resultado de la independencia exterior”. La dificultad radica en que el ritmo del progreso responde a una lógica inflexible: la anarquía y el caudillismo americanos son el resultado histórico de ese paso dado antes de tiempo y señalan el terreno donde debe trabajarse para proseguir el camino de la civilización: configuran, en definitiva, un cuadro

- Sarriento, *Polemica*, pp. 112 y 119

⁴³ Alberdi, *Fragmento*, pp. 42-43

que Alberdi se niega a calificar y que simplemente considera "normal", en tanto no es sino el desemboque lógico y natural de premisas dadas, esto es, de intentar el imposible de "principiar un camino por el fin".⁴⁴

Sin embargo, una vez reconocidas las faltas de organización política americana, se plantea el interrogante de qué hacer ante el hecho consumado del ejercicio real del poder por parte de las masas. La respuesta de Alberdi es contundente: nuestra democracia es, sin duda, deficitaria, "más visible que íntima", más "material" que "moral", pero es un *factum* con el que no podemos sino contar. Por lo demás, "nos avenimos tanto con ella, nos gusta tanto, [que] no hay más remedio que ser demócratas". En el futuro, las jóvenes e imperfectas democracias americanas hallarán representantes verdaderamente aptos para el ejercicio legítimo de la función

⁴⁴ *Ibid.*, p. 38. Durante los años 37 y 38, los jóvenes argentinos agrupados alrededor de la figura emblemática de Esteban Echeverría en la *Asociación de Mayo* adoptaron una posición política muy particular: intentaron tomar distancia frente a las dos facciones que se enfrentaban en la política nacional —por un lado, los unitarios o rivadavianos, herederos de las ideas ilustradas de la independencia y, por otro, Juan Manuel de Rosas, el poderoso caudillo "bárbaro" de la provincia de Buenos Aires, que representaba las fuerzas de la tradición prerrevolucionaria y de la restauración—, entonces, se imaginaron a sí mismos como cumpliendo un eventual papel de síntesis o de puente entre ambos mundos. Véase a Carlos Altamirano y Beatriz Arlo, *Ensayos argentinos de Sarmiento a la vanguardia*, 2ª ed., Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 55-76. Tuvo mucho que ver en esta actitud política la evaluación que realizaron de la coyuntura, en el sentido de que el poder de Rosas era "un hecho irreversible y destinado a gravitar durante décadas sobre la vida de la entera nación"; véase a Julio Halperín Donghi, *Proyecto y construcción de una nación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, p. xiv. Situados en tal situación, alimentaron la esperanza de pactar con el caudillo una convivencia tranquila, favorable a la misión de regeneración de la sociedad nacional que asumían como propia y que suponía una tarea a largo plazo, basada en la prédica y el reclutamiento de las inteligencias jóvenes a través de la tribuna y la prensa. Esta opción política duraría muy poco tiempo —sería quebrada por ellos mismos cuando pasaron a la actividad conspirativa contra Rosas y apoyaron a las fuerzas francesas que bloquearon el puerto de Buenos Aires—, pero está claramente reflejada en los textos escritos durante esos meses, y, de modo particular, en el *Fragmento* de Alberdi. Como ha señalado Arturo Ardao, en el marco de una ponderación del texto alberdiano que nos parece oportuno recordar, en esas páginas el joven tucumano presenta a Rosas como el producto necesario, y por tanto legítimo, de la realidad social efectiva del momento histórico: "Esta realidad enseñaba que el ejercicio efectivo de la democracia era imposible; que ésta advendría plenamente en el Plata recién al cabo de un largo proceso de integración orgánica de su sociedad todavía en embrión. Entretanto, era suficiente legitimidad de los gobiernos el asentimiento del pueblo [Alberdi] justifica en segundo lugar a Rosas, entusiastamente, como expresión de un espontáneo movimiento ascensional de las clases humildes [] Para ser rigurosos, agreguemos que el Prefacio no constituía una apología incondicional del sistema de Rosas—circula por las entrelíneas una disconformidad insistente. A cada momento, aunque de un modo velado por motivos explicables, se reconoce el mal de la tiranía. Pero se le considera fatal y su remedio se señala no en el recurso revolucionario sino en la lenta evolución de la sociedad". Véase a Arturo Ardao, "El encuentro de Lamas y Alberdi", *Hoy es Historia* (Montevideo), año xi, núm. 63 (mayo-junio de 1994), pp. 19ss.

publica, entonces asistiremos a "un ulterior progreso democrático". Entre tanto, el ejercicio defectuoso de la democracia no es un retroceso, sino una gran mudanza que encierra los gémnes de un "progreso venidero". Pues "el triunfo de la plebe" augura la apertura de una "nueva era", en la que asistiremos a "la abdicación de lo exótico, por lo nacional; del plagio, por la espontaneidad; y después, al triunfo de la mayoría sobre la minoría popular"⁴⁵

Conclusión

EN la definición de su propia misión generacional, los jóvenes argentinos, imbuidos del pensamiento romántico-social, acuerdan un lugar fundamental a la elaboración de un discurso propio, de signo americano y acorde con las necesidades de la época moderna, que había sido inaugurada para el continente por la revolución de independencia. El centro de las preocupaciones en torno al lenguaje será la "sociabilidad" recientemente descubierta y considerada ahora como el punto de partida para la elaboración de un proyecto volcado a priorizar la organización de la sociedad civil, a diferencia del énfasis en el ordenamiento jurídico del ámbito estatal, que había sido sostenido por la generación anterior

Por una parte, la convicción de que se asiste a una época propicia para practicar un "gran ensayo" social es acompañada por la elección del ensayo como forma discursiva apta para captar una realidad diversa y plástica, así como para decodificar las formas de discursividad que tienden a clausurar el proceso histórico y a preservar al espacio cultural del contagio de la revolución. La forma "ensayo" aparece apropiada para desmontar las formas discursivas "testamentarias", propias de una sociedad estacionaria, y para instaurar una literatura y un periodismo de ideas, de crítica y de opinión, que apele a recursos retóricos que privilegien el poder realizativo y la función comunicativa del lenguaje

Por otra parte, el interés por construir una lengua y un estilo de escritura y de pensamiento americanos despeja un horizonte de problemas relativos al carácter y las modalidades de lo lingüístico y conduce a la elaboración de una "teoría del ensayo", reflexión metadiscursiva en cuyo seno se plantea, de modo claro y explícito, la necesidad de conciliar las estrategias políticas y sociales con las estrategias discursivas. Política y lenguaje son planos correlativos; en ambos deben ensayarse las innovaciones que exige la organización nacional. El cambio social que se aspira a realizar supone como contraparte un simultáneo e igualmente profundo cambio en el acto comunicativo.

⁴⁵ *Ibid* pp 38-40